

Bosque Sonoro

homenaje a John Cage

John Cage

John Cage, nacido en 1912 en Los Angeles e hijo de un inventor, descubrió de nevo la música, al tiempo que daba cuenta del grado de invención que supone toda la música. Estudió piano con su tía y con Fannie Charles Dillon. Estudia arte con José Pijoan quien en 1930 y ya en París le pone en contacto con el arquitecto Erno Goldfinger. Después de una estancia en París de seis meses y de viajar por Europa y el Norte de Africa, se instala en Mallorca donde por primera vez se dedica a la composición musical y a la pintura. Sus primeras composiciones son piezas breves en las que aplica un sistema matemático inspirado en las estructuras de las obras de Johan Sebastian Bach. De esta época no ha quedado ningún fruto. En 1934 toma clases con Schoenberg. De su época con Schoenberg es conocida la opinión que el compositor austríaco tiene de su alumno, según él Cage no posee ningún sentido de la armonía, no es músico, es un inventor. Y ciertamente Cage se revelará como el inventor de una armonía nueva. En 1937 pronuncia su conferencia "The Future of music: Credo", un manifiesto en el que se propone la ampliación y transformación del ámbito musical. Ese mismo año ocupa el cargo de compositor de la clase de danza de Bonnye Bird en la Cornish School de Seattle. Su relación con la danza será fecunda y se mantendrá a lo largo de toda su vida, especialmente a través de su colaboración con Merce Cunningham, a quien conoce en 1942 y con quien colaborará hasta 1992 año de la muerte del músico. Junto a la danza, el contacto con el pensamiento oriental será fundamental en su vida. En 1945 lee el libro de Ananda K. Coomaraswamy The tranformation of Nature in Art y entra en contacto con el budismo Zen a través de las clases que Daisetz Teitaro Suzuki imparte en la Universidad de Columbia.

John Cage fue una especie única de músico. Un músico que pretendió escuchar el sonido sin el acuerdo de un sentido previo. Un compositor que quiso tranformar los oídos para dejar ser los sonidos, simplemente para enseñar una escucha que atraviesa las representaciones del pensamiento. Pero tender el oído al sonido, escuchar, requiere primero auscultar el sonido y el pensar, aunque sea tan solo para dejar al sonido, para dejar de pensar.

Extracto de: Carmen Pardo,
La escucha oblicua: una invitación a John Cage